# María.

Por Ciro Leonel Andújar.

María era una chica sencilla. De esas que usan aros de perlas y remeras sin estampa. Siempre pasaba los recreos en una esquina de la galería, sentada en el piso con un libro en el regazo. Me gustaba verla, de lejos. Me gustaban los mechones que se le escapaban de las orejas cuando se ataba el pelo y el brillo de sus labios por la crema de cacao. Era una chica callada, tímida. Me gustaba su cadenita dorada, que colgaba delicadamente de su cuello y producía destellos cuando le daba la luz. Me enamoré de su pulsera rosada, tejida a mano. Supuse que la había hecho ella. Me pregunté si debería pedirle que me tejiera una.

Siempre caminaba encorvada, tanto que se le resbalaban los anteojos por la nariz y tenía que empujarlos con el dedo para que no se le caigan. Sus ojos claros eran hipnóticos, pero no eran fáciles de ver, ya que rara vez María miraba a la gente a los ojos.

Yo tuve la oportunidad de apreciarlos de cerca, lo recuerdo como si hubiera pasado ayer. Fue el día que me miró a los ojos por primera vez. Gracias a ese día, fue que empecé a fijarme en ella.

El profesor de historia nos emparejó para hacer un trabajo sobre la guerra fría. Recuerdo haber puesto los ojos en blanco. La verdad era que, en ese entonces, María no me caía del todo mal, pero no era una persona con la que solía relacionarme. Si bien no tenía ganas de hacer el trabajo, en ese momento hubiera preferido haberlo hecho con cualquier otra persona. No sé por qué, pero María me generaba mucho rechazo. Era como si su mera presencia, por más calmada y silenciosa que fuera, me estorbara. No me bancaba su apariencia de persona inteligente, ni el hecho de que le gustara tanto leer. Pensaba que se creía superior al resto, como si su estima por los demás fuera bajísima. Ahora me doy cuenta de que el problema lo tenía yo.

— ¿Querés leer vos? —me preguntó con la cabeza gacha— Si no querés lo puedo hacer yo, no me molesta.
— Dejá —le respondí sin ganas— lo hago yo.

Mi idea era leer solo para que ella conteste las preguntas. La verdad es que no me interesaba hacer la tarea ese día. Nunca fui de esas personas que se concentran en el estudio. Mucho menos si lo tenía que hacer con la persona que más me irritaba de todo el aula. Además, no tenía ganas de escucharla leer en voz alta porque opinaba que su tono de voz me perforaría los tímpanos.

Agarré el libro y pasé las hojas con desgano, buscando la página que el profesor nos había indicado. Cuando al fin la encontré, me aclaré la garganta y comencé a leer con voz monótona y aburrida.

Estaba leyendo algo sobre el suicidio de un tipo en Checoslovaquia que habría sido la causa por la que la guerra fría terminó, cuando María me interrumpió y dijo algo que me dejó los pelos de punta.

— Ese hombre hizo bien en matarse.
— ¿Cómo que hizo bien en matarse? —le pregunté.
— Y si —respondió—. Yo creo que por cada muerte en el mundo se soluciona un problema, y por cada nacimiento se genera uno nuevo.

No respondí. Me quedé mirándola con la boca abierta y la cabeza llena de preguntas que no me animaba a formular. En ese momento, María levantó la cabeza y me miró con esos ojos llenos de dolor. Dolor que no supe descifrar hasta que no fue demasiado tarde. Allí fue cuando María me miró a los ojos por primera y última vez.

Tuve un escalofrío que apenas pude disimular.

— Estoy jodiendo —afirmó, y volvió a bajar la cabeza. Mi sorpresa era evidente. Por un instante se me cruzó la idea de que quizás la chabona iba a caer con armas a la escuela para matarnos a todos, como pasó con ese chico al que llamaban “pan triste”. Tragué saliva y seguí leyendo. No le prestaba atención a las palabras que salían de mi boca, aún no salía del shock que me habían producido sus declaraciones.

Desde entonces que no paro de pensar en ella. Incluso ahora, que ya no hay nada que se pueda hacer. Aquellas preguntas que no encontraron respuesta se hicieron más fuertes en mi mente. Me dediqué a espiarla de lejos, a observarla durante los recreos. Terminé obsesionándome casi sin darme cuenta. Mis opiniones sobre ella habían cambiado completamente, ya no la creía insoportable ni molesta. Fui capaz de mirarla con otros ojos y hasta entender cómo se sentía.

A veces me pregunto, si aquella mirada no fue un pedido de auxilio de su parte. Me pregunto si pude haber evitado que se colgara aquella madrugada de octubre. Me pregunto si ella me hubiera dado la oportunidad de intentar cambiar su realidad, por más tonta, vaga y prejuiciosa que yo sea.

Me pregunto, si mi amor pudo haberla salvado.